

**DISCURSO DE SU EXCELENCIA MONSEÑOR CHRISTOPHE PIERRE
NUNCIO APOSTÓLICO EN LOS ESTADOS UNIDOS
“LA ALEGRÍA DE SER DISCÍPULOS MISIONEROS”
V ENCUENTRO NACIONAL
GAYLORD TEXAN RESORT HOTEL Y CENTRO DE CONVENCIONES
GRAPEVINE, TEXAS
20 DE SEPTIEMBRE DE 2018**

Introducción

Mis hermanos y hermanas en Cristo,

Como Nuncio Apostólico, representante del Santo Padre en los Estados Unidos, quiero expresar el afecto paternal y la cercanía espiritual del Papa Francisco a cuantos están reunidos aquí estos días que serán fundamentales para la vida de la Iglesia en los Estados Unidos. Deseo saludar al Cardenal DiNardo, Presidente de la Conferencia Episcopal y al Obispo Olson, nuestro anfitrión en la diócesis de Fort Worth. Además, quiero agradecer a Mons. Gustavo Garcia-Siller Arzobispo de San Antonio y al Señor Obispo Nelson Perez de Cleveland, por su liderazgo en todo el proceso. Deseo, en fin, agradecer no sólo a los obispos, sacerdotes y diáconos que han trabajado intensamente para hacernos llegar a esta fase del proceso, sino también a los muchos fieles laicos que han participado en los Encuentros locales y regionales y que siguen participando. Su presencia nos recuerda el papel esencial que desempeñan los laicos en la vida de la Iglesia.

Las reuniones locales y regionales nos han permitido escuchar a personas de todas las edades –conocer sus inquietudes, sus esperanzas y sueños. Un proceso de apertura de nuestros oídos a las voces de las personas que están en las periferias, y que de otra manera no podrían haber sido escuchadas. Las de los diferentes países y culturas, permitiendo que ellas mismas pudiesen expresar su fe con sus propias palabras. Además, el proceso de Encuentro ha identificado prioridades pastorales y líderes dentro de la comunidad hispana que, como discípulos misioneros, serán decisivos para la Nueva Evangelización. Esta reunión nacional marca una nueva etapa en la transformación de la Iglesia en los Estados Unidos.

A mí se me ha pedido abordar el tema: “*La alegría de ser discípulos misioneros*”, que aparece en el párrafo 24 de la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* del Papa Francisco. Para el Papa, todo el esfuerzo misionero comienza con un encuentro con Cristo. La *Evangelii Gaudium* inicia afirmando que:

“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría” (Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (EG), 24 de noviembre de 2013, 1).

Así como el Papa Francisco comienza con el encuentro con Cristo, así también el Papa Benedicto XVI comenzó su primera encíclica con este encuentro, diciendo:

“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Papa Benedicto XVI, encíclica *Deus Caritas Est*, 25 de diciembre de 2005, 1).

Nosotros, nos hemos reunido aquí para encontrar a Cristo, a Aquel que da sentido a nuestra vida y que nos trae alegría. Esperamos, que habiéndole encontrado, nos movamos en un espíritu verdaderamente misional para compartir la alegría del Evangelio con todos los que nos encontramos, poniendo los dones y carismas de las comunidades hispanas y latinas a favor de la tarea de la Nueva Evangelización en este país.

También hemos venido para encontrarnos unos con otros. Hombres y mujeres que no existen en un vacío, a la deriva de las relaciones; sino que se insertan en un pueblo determinado y comparten un estilo de vida común. Somos un pueblo de Dios que muestra los multiformes rostros de Dios (cf. EG, 115-118). La Iglesia evangelizadora, es la Iglesia evangelizada que embellece el Espíritu Santo mostrando así nuevas dimensiones de la revelación – un rostro nuevo.

Hemos venido, en fin, a este Encuentro, para asirnos quienes nos encontramos en el mundo. La Iglesia, rica en diversidad, sigue adelante en el mundo. Jesús ha tocado nuestras vidas en modo diverso, y nosotros, la Iglesia, hacemos conocer su presencia en el mundo con la esperanza de despertar en nuestros hermanos y hermanas, incluso en aquellos que todavía no creen, un sentido de Misterio y un renovado sentido de su propia humanidad. Salimos en la alegría luego de haber sido llamados a ser discípulos y misioneros.

El sueño del Papa Francisco: una Iglesia misionera

El Papa Francisco tiene un sueño para la Iglesia. En *Evangelii Gaudium*, escribe:

“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación” (EG, 27)

Para entender lo que él quiere decir, consideremos las palabras que pronunció durante su visita a Brasil. Allí habló de nuestra “Misión Continental”, que es *programática* y *paradigmática*. La misión en su dimensión de programación implica una serie de actividades misioneras; mientras aquella *paradigmática*:

“implica poner en clave misionera la actividad habitual de las Iglesias particulares. Evidentemente aquí se da, como consecuencia, toda una dinámica de reforma de las estructuras eclesiales. El “cambio de estructuras” (de caducas a nuevas) no es fruto de un estudio de organización de la planta funcional eclesiástica, de lo cual resultaría una reorganización estática, sino que es consecuencia de la dinámica de la misión” (Papa Francisco, dirección al liderazgo de CELAM, 28 de julio de 2013).

Él sueña con un nuevo espíritu misionero. Sólo desde esta opción paradigmática de ser una Iglesia misionera, se logrará una reforma auténtica, vital para la evangelización, dinámica. Así como el viento empuja contra la vela y hace que la barca

avance sobre el agua, así también, el Espíritu de Dios empuja a toda la Iglesia a ir hacia adelante en el mundo, atenta a los signos de los tiempos y a las necesidades de la gente, deshaciéndose de lo que es obsoleto. El Papa Francisco precisa que *“lo que hace caer las estructuras caducas, lo que lleva a cambiar los corazones de los cristianos, es precisamente la misionariedad”*.

La primera obra del Espíritu de Dios, es la conversión. El documento de *Aparecida* y la *Evangelii Gaudium* (cf. por ejemplo, n. 25) hacen ambas referencia a la conversión pastoral que implica creer en la Buena Nueva, creer en Cristo como en Aquel que anuncia el Reino y el triunfo sobre el mal, creer en el Espíritu Santo que llena nuestros corazones de alegría y creer en la Iglesia, que hace que Cristo se encarne en las culturas y entre las gentes. Conversión pastoral que se lleva a cabo en el reconocimiento de que las experiencias religiosas de las personas, incluidas las de los Latinos, son un auténtico lugar de encuentro con Dios. Conversión pastoral significa pasar de la mera conservación, a una pastoral decididamente ministerial. Conversión pastoral y misionera van de la mano – conversión de actitudes y de estructuras.

Características de una Iglesia evangelizadora

Es en este “espíritu misionero” que la Iglesia va hacia adelante (cf. EG 20-24). El párrafo n. 24 de la *Evangelii Gaudium* comienza con estas palabras:

“La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan” (EG, 24).

Quisiera examinar estas características de una Iglesia evangelizadora.

En primer lugar, somos una Iglesia que va hacia adelante, y que el Santo Padre descrito de esta manera:

“En lugar de ser solamente una Iglesia que acoge y recibe, manteniendo sus puertas abiertas, busquemos más bien ser una Iglesia que encuentra caminos nuevos, capaz de salir de sí misma yendo hacia el que no la frecuenta, hacia el que se marchó de ella, hacia el indiferente. El que abandonó la Iglesia a veces lo hizo por razones que, si se entienden y valoran bien, pueden ser el inicio de un retorno. Pero es necesario tener audacia y valor” (Entrevista con Antonio Spadaro, 21 de septiembre de 2013).

Ir hacia las periferias espirituales y existenciales exige la valentía de salir de nuestras zonas de confort. Al principio del Encuentro, el Santo Padre decía que:

“La Iglesia en los Estados Unidos, como en otras partes del mundo, está llamada a «salir» de su comodidad y a convertirse en fermento de comunión. Comunión entre nosotros mismos, con nuestros hermanos cristianos y con todos los que buscan un futuro de esperanza. Tenemos que ser cada vez más plenamente una comunidad de discípulos misioneros, llenos de amor al Señor Jesús y de entusiasmo por la difusión del Evangelio” (Mensaje de vídeo a la Asamblea General de la USCCB, 14-17 noviembre de 2016).

En segundo lugar, la comunidad de discípulos misioneros da el primer paso: manifiesta iniciativa. El Papa Francisco nos invita a ser “imitadores de Dios” siendo previsores. Dios toma la iniciativa con nosotros, y nos llama a hacer lo mismo con quienes están en las periferias. El término *primerear* aferra esta idea. Debemos ser más proactivos que reactivos. Debemos ser emprendedores espirituales de Cristo. El Santo Padre escribe:

“La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos” (EG, 24).

En tercer lugar, la comunidad evangelizadora está implicada o comprometida con sus miembros. La mayoría de fieles son claramente los laicos católicos que han sido hechos sacerdotes, profetas y reyes por medio del bautismo. Ellos tienen talentos y conocimientos para ofrecer a la Iglesia y el mundo. Los obispos y los sacerdotes tienen la tarea de animar su vocación. Desafortunadamente, muchos, incluyendo Latinos, a veces se quedan como simples espectadores. En algunas ocasiones el Santo Padre ha utilizado la palabra *balconear*, para significar a quien se pone en la ventana o en el balcón para ver lo que está sucediendo, pero sin asumir un compromiso personal. Una persona que ve y critica todo sin involucrarse nunca personalmente en la misión. El Papa propone a Jesús como el opuesto de este tipo de persona:

“Jesús lavó los pies a sus discípulos. El Señor se involucra e involucra a los suyos, poniéndose de rodillas ante los demás para lavarlos. Pero luego dice a los discípulos: «Seréis felices si hacéis esto» (Jn 13,17). La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo” (EG, 24).

No deberíamos sorprendernos cuando el Santo Padre habla de tener “olor de las ovejas”. El evangelio debe “abrazar la vida humana” y participar de su realidad, incluyendo la realidad del sufrimiento – físico, enfermedad, alienación espiritual, el sufrimiento que viene del hecho de ser separados de familiares o de ser detenidos, de ver la dignidad atacada a causa de la raza y nacionalidad, de la pobreza y de muchos otros males. Hay un remedio para este sufrimiento: el Evangelio de Jesucristo.

En cuarto lugar, una comunidad de discípulos misioneros acompaña a los otros. Hablando en Asís, el Papa Francisco dijo:

“Lo repito a menudo: caminar con nuestro pueblo, a veces delante, a veces en medio y a veces detrás: delante, para guiar a la comunidad; en medio, para alentarla y sostenerla; detrás, para mantenerla unida y que nadie se quede demasiado atrás, para mantenerla unida” (Papa Francisco, “Encuentro con el clero, personas consagradas y miembros de los consejos pastorales diocesanos,” Catedral de San Rufino, Asís, 04 de octubre de 2013.)

Acompañamiento que implica guiar, alentar y apoyar, y uniendo. La Iglesia que activamente hace ésto, es una Iglesia sinodal – una Iglesia en la que todos caminan juntos.

Se habla de la *sinodalidad en la Iglesia* y de la *sinodalidad de la Iglesia*. Sinodalidad *en la Iglesia* – ser Iglesia caminando juntos viviendo la fe–, es una de las más significativas expresiones de la comunión eclesial que renueva la vida y la praxis de la fe, comenzando con la palabra de Dios, interpretando, cuestionando, examinando estructuras, llevando al discernimiento y a la acción. Sinodalidad comprende muchas formas de participación y de corresponsabilidad en la Iglesia. El proceso de Encuentro ha demostrado la efectividad de la sinodalidad en la Iglesia – escuchando, hablando, participando, debatiendo sobre cuestiones críticas y discerniendo el camino a seguir. Si la comunión es una participación de los fieles en los misterios de la fe y en la misión de la Iglesia, sinodalidad es signo y realización de la comunión.

La sinodalidad *de la Iglesia* se refiere a la Iglesia que “*es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano*”, que por ello “*se propone presentar a sus fieles y a todo el mundo con mayor precisión su naturaleza y su misión universal*” (Lumen Gentium, 1). La sinodalidad de la Iglesia manifiesta el caminar de la Iglesia con toda la humanidad, en su historia concreta. Este viaje continúa en la historia de la Iglesia en los Estados Unidos y en todo el continente. La Iglesia en los Estados Unidos, que ahora es 40% Latina, atestigua la unidad de la familia de Dios, que discierne cómo llevar estos dones a este país y a sus gentes.

Cuando acompañamos a otros, aprendemos el arte del diálogo. Vivimos en una época de cambio de época. Nosotros, los que anunciamos el Evangelio, no podemos evangelizar descuidando las nuevas fuerzas en el trabajo que afectan a las nuevas generaciones que tienen sus propias expectativas y aspiraciones, incluidos aquellos que vienen a este país.

Hablé antes del sufrimiento de muchos, mientras otros temen al cambio y a los extraños. En lugar de ver al hermano o hermana como miembro de la propia familia, lo ven como una amenaza o como un competidor. ¿Cómo será esta nueva persona para mí, para mi futuro y mi existencia? Ante este miedo existencial, la tentación sería la de simplemente construir un muro alrededor de nosotros mismos; pero esto jamás desterraría el temor. Esto no ayudaría a vivir de una manera nueva o a experimentar la alegría que viene con la libertad de Cristo y del Evangelio.

La alternativa a la construcción de muros, es el diálogo. El hoy fallecido cardenal Jean-Louis Tauran describió esto diciendo que:

“La respuesta es siempre y en todo caso el diálogo, el encuentro..., el único camino posible a recorrer es aquel del diálogo desarmado. Según mi punto de vista, pues, dialogar significa ir al encuentro con el otro desarmados, con una concepción no agresiva de la propia verdad, sin embargo no desorientados” (Jean-Louis Tauran, “*Un altro passo verso l'abisso...*”, interpreta un cura di Paolo Rodari, La Repubblica, 27 de julio de 2016, p. 8).

En el corazón del diálogo está la comunicación de la vida personal de cada uno a los demás. Es un compartir de la existencia de los otros en la propia existencia. No siempre se trata de probar que uno tiene la razón. Se trata de un recíproco compartir, razonando cómo vivir en armonía, ofreciendo al mismo tiempo lo mejor de nuestra Tradición.

En quinto lugar, la comunidad evangelizadora es *fructífera*. En el párrafo 24 de *Evangelii gaudium*, el Santo Padre, refiriéndose a la parábola del trigo y la cizaña, escribe:

“La comunidad evangelizadora siempre está atenta a los frutos, porque el Señor la quiere fecunda. Cuida el trigo y no pierde la paz por la cizaña. El sembrador, cuando ve despuntar la cizaña en medio del trigo, no tiene reacciones quejasas ni alarmistas. Encuentra la manera de que la Palabra se encarne en una situación concreta y dé frutos de vida nueva, aunque en apariencia sean imperfectos o inacabados” (EG, 24).

La fecundidad exige discernimiento y paciencia. La tarea fundamental es el discernimiento. La parábola del trigo y la cizaña habla de distinguir lo que es del Hijo del Hombre, que siembra la buena semilla, los hijos de Dios, de aquello que es el campo de las malas hierbas, los hijos del maligno, sembradas por el diablo. *Zizania*, es la palabra griega usada para designar a las malas hierbas, refiriéndose específicamente al *ballico*. La cizaña se parece al trigo cuando comienza a crecer, pero sólo cuando está maduro puede uno discernir la diferencia.

Jesús advierte a sus discípulos la necesidad de ser pacientes y de discernir, porque las cosas no siempre son inicialmente claras. Mientras que los agricultores discernen entre el trigo y las malas hierbas, la Iglesia abraza a las personas que tienen la posibilidad de responder a la iniciativa divina y que, por la gracia, pueden transformarse de pecadoras en santas, de malezas en trigo. Siguiendo el ejemplo de Jesús, intentamos ser pacientes. La paciencia en el arte del discernimiento y del acompañamiento permite que toda la Iglesia avance hacia adelante.

El Papa Francisco ve la paciencia como una marca de santidad:

“Yo asocio frecuentemente la santidad a la paciencia: no sólo la paciencia como hypomoné, hacerse cargo de los sucesos y las circunstancias de la vida, sino también como constancia para seguir hacia delante día a día. Esta es la santidad de la Iglesia militante de la que habla el mismo san Ignacio (Entrevista con Antonio Spadaro, 21 de septiembre de 2013).

La característica final de una comunidad evangelizadora es la alegría. Celebra incluso las pequeñas victorias en la obra de evangelización (cf. CE, 24). La alegría es la más grande experiencia de la Iglesia que camina hacia adelante. La Eucaristía es fuente y culmen de toda la vida de la Iglesia. Y la Eucaristía es el Sacramento que alimenta la alegría cristiana.

Es el signo sacramental más fuerte del Señorío Pascual de Cristo, que recuerda su victoria sobre el pecado y la muerte. En la Eucaristía, Cristo está entre nosotros. La alegría que Él ha obtenido, es preservada y compartida. Alegría de la Eucaristía que ni es superficial ni es descolorida como la alegría que ofrecen los placeres de este mundo. La

alegría de la Eucaristía, es una alegría duradera. La alegría es fruto del Espíritu Santo que Jesús comunicó a los apóstoles la noche del Domingo de Pascua, cuando se regocijaron al ver al Señor resucitado.

La Iglesia celebra la Eucaristía con la alegría conyugal de una prometida a Cristo. Es una anticipación del banquete escatológico en el que los invitados compartirán en el banquete celestial del reino en su plenitud. A través de la Misa, la Iglesia trae la alegría al mundo. El Santo Padre escribe:

“La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia... La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo” (EG, 24).

Conclusión

El Papa Francisco tiene el sueño de una Iglesia misionera– que salga a las periferias existenciales y espirituales. En *Evangelii Gaudium* señala las características de esta Iglesia misionera. Es una que va hacia adelante; que toma la iniciativa; que participa y acompaña a otros, mostrando frutos de paciencia y, en última instancia, ofrece al mundo la alegría en la Persona de Jesús que viene a nosotros en la Palabra y el Sacramento. Las características de una comunidad evangelizadora se modelan siguiendo la vida y Ministerio de Jesús, el Divino Maestro. Nosotros somos sus discípulos llamados a ser misioneros alegres en las periferias de nuestro mundo.

Concluyo una vez más con las palabras del Santo Padre:

“La posición del discípulo misionero no es una posición de centro sino de periferias... incluso las de la eternidad en el encuentro con Jesucristo. En el anuncio evangélico, hablar de “periferias existenciales” des-centra, y habitualmente tenemos miedo a salir del centro. El discípulo-misionero es un des-centrado: el centro es Jesucristo, que convoca y envía” (Papa Francisco, Discurso al Comité Directivo del CELAM, 28 de julio de 2013).

Mi sincera esperanza es que, al reunirnos estos días, podamos ser la Iglesia que Cristo quiere que seamos – con Él al centro de nuestras vidas, nuestras conversaciones y nuestro Ministerio, seguros de la Santa Virgen de Guadalupe, acompañándonos e intercediendo por nosotros, podremos siempre avanzar en esperanza, dando a conocer la alegría del Evangelio.